

# La pérdida de la particularidad o acefalía: una aproximación a *La mancha indeleble* de Juan Bosch

Johann D. Montoya Araque\*

*La mancha no se va. Está ahí, indeleble.  
Al contrario, me parece que a cada esfuerzo  
por borrarla se destaca más.  
Juan Bosch*

Aceptar hacer —o *ser*— parte de un colectivo es entregar todo de uno, lo particular, para acceder a una determinada forma, que dista mucho de reproducir lo que *uno es* en el fondo. Y esto de ser uno, en todo caso, es siempre una búsqueda. Sin embargo, abandonarse a cualquier tipo de colectivo es renunciar absolutamente a la indagación en el espíritu personal, en la esencia que anima el ritmo propio y potencia el acto vital. Para poder *pertenecer* es necesario desvestirse de lo característico, alejarse, desatender lo intransferible encontrado, para portar el uniforme adecuado. Es, en todo caso, perder la cabeza.

Para revisar esto, tomaremos el cuento del dominicano Juan Bosch, *La mancha indeleble*. Y es que, tan vivo y presente, allí se refleja la condición del individuo actual, que no es individuo ni actual, pero así solemos denominarlo.

«—Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted. En cuanto a sus recuerdos, no va a necesitarlos más: va a empezar una nueva vida» (Bosch, 1968, p. 127). ¿Qué nueva vida puede empezar alguien que ya *tiene* vida? ¡También hay que entregar los recuerdos, que aquí son la *vida*! Con esto se nos recibe en el mundo, ya que este es un lugar en el cual la individualidad debe ser borrada, erradicada, puesto que resulta peligrosa para ciertos —todos los— colectivos.

Lo más terrible del asunto es optar por esto no por falta de opciones, sino por voluntad. Accedemos a cualquier estamento sin el menor reparo, ya que se nos inculca

---

\* Estudiante de Filología Hispánica y de la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad de Antioquia. El texto fue realizado como entregable para el curso de Filosofía Analítica, 2021-2, dictado por el profesor Yoni Alexander Osorio Montoya.

tal actitud desde el comienzo de nuestro intento por desarrollar alguna facultad. Se nos bombardea, se nos imponen imágenes que terminan por darnos un adecuamiento, el cual abre un campo donde se promete comprensión y aprecio, pero es todo lo contrario, ya que la comprensión y el aprecio son imposibles si no se conoce a quien los ofrece, y solo es reconocido y reconocible aquel que goza de una personalidad desarrollada, firme y sin manchas que quiera esconder o borrar.

Todo a nuestro alrededor nos induce a elecciones particulares que nos roban lo singular. No tendremos recuerdos, como el pobre hombre que dice: «¿Vida sin relación conmigo mismo, sin mis ideas, sin emociones propias?» (Bosch, 1968, p. 127); y esto es así pues toda relación con lo ajeno a nuestra esencia es vivir sin emociones propias, aunque parezca contradictorio, ya que todo lo externo es lo que nos revela, poco a poco, nuestra forma. Sin embargo, a lo que nos aventuramos aquí es a afirmar que eso externo, cuando revela, es natural, es también solidez; pero cuando arrebatata, es artificial.

Vivir sin recuerdos personales, sin ideas, sin emociones, perder, pues, la cabeza y la particularidad, es el más terrible de los males. Nadie en su sano juicio quisiera tal cosa. Pero es ahí donde se origina la cuestión fundamental: no se tiene sano el juicio. Se ha inhabilitado. Se desconoce la causa de este interés, pero es algo que beneficia a poderes extraños que no pueden ser comprendidos por autómatas.

En las ideologías no hay un lugar o un espacio interior que tranquilice; es todo un exterior inhumanizante del cual no se puede escapar; por consiguiente, no hay otro estado en el cual resguardarse. Se vive sin tiempo, se exige una extraña inmediatez que obliga a desapropiarse de lo valioso:

Pero no puedo despojarme de mi cabeza así como así. Deme algún tiempo para pensarlo. Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella, ¿con qué voy a pensar? (Bosch, 1968, pp. 126-127).

En un espacio sin posibilidad de sano alejamiento, quedamos perdidos en medio de tantas miradas, miles de ojos nos observan; lo horroroso de esto radica en la imposibilidad de comprender que este vivir sin privacidad es un mal superlativo. Y a ello nos dirige la ideología, la cual nos despoja de distinciones particulares para no cansar al enjambre de miradas vacías que nos detallará.

Se busca constantemente eliminar el decorado del cuerpo, eso que, al ser ofrecido al mundo, da aires de trascendencia, de posible logro; como nos lo plantea este relato, sería despojarnos de la cabeza, esa parte del cuerpo que tantos halagos ha merecido, que ha sido tratada con los mayores cuidados debido a que se le ha atribuido la capacidad de comprender. A una completa acefalía nos intenta sumir este adoctrinamiento.

Hay un reniego de la expresión, un exceso de pasividad, lo que impide que se rompa el ritmo al cual hemos sido arrastrados; presas de este ritmo, no hallamos nuestro individual movimiento, nuestro avanzar:

Todos los que habían cruzado la puerta antes que yo habían entregado sus cabezas, y yo las veía colocadas en una larga hilera de vitrinas que estaban adosadas a la pared de enfrente. Seguramente en esas vitrinas no entraba aire contaminado, pues las cabezas se conservaban en forma admirable, casi como si estuvieran vivas, aunque les faltaba el flujo de la sangre bajo la piel (Bosch, 1968, p. 125).

Cuando accedemos a una de estas vitrinas, lo hacemos huyendo de la contaminación de lo que nos es ajeno; pero es justamente esto lo que vicia nuestro entorno. Por eso, cobardemente, nos encerramos, casi vivos, sin sangre que nos recorra y avive ardorosos, para en lo otro ensanchar el pensamiento:

La persona se encuentra con un repertorio de ideas dentro de sí. Decide contentarse con ellas y considerarse intelectualmente completa. Al no echar de menos nada fuera de sí, se instala definitivamente en aquel repertorio. [...] El hombre-masa se siente perfecto. Un hombre de selección, para sentirse perfecto, necesita ser especialmente vanidoso, y la creencia en su perfección no está consustancialmente unida a él, no es ingenua, sino que llega de su vanidad, y aun para él mismo tiene un carácter ficticio, imaginario y problemático (Ortega y Gasset, 2016, p. 14).

¿Qué mayor vanidad que la aprobación de un grupo donde desangrados nos acomodamos? Quien es entregado a una simetría que no ofrece disparidad, puede decir que ha perdido su vida, que ya no es parte de nada; por el contrario, son los contrastes los que producen la armonía, la perfecta simetría parte de esos detalles particulares.

Sin posibilidad de réplica, de ruido contra silencio, no hay avance, no hay desarrollo. Una obediencia sin cura, sin verdadero orden al cual seguir, sino un mero arrastrarse a la señal de una voz desconocida, y todo aquel que se resista será visto con desdén, vilipendiado. Ha de haber una comunidad estable, donde cada individuo haga parte con su propio yo, donde pueda hablarse de un conjunto que se moviliza y avanza, y no un colectivo que se estanca y destruye todo aquello que no puede abarcar. Dice Byung-Chul Han: «La sociedad de la indignación es una sociedad del escándalo. Carece de *firmeza*, de actitud. La rebeldía, la histeria y la obstinación características de las olas de indignación no permiten ninguna comunicación discreta y objetiva, ningún *diálogo*, ningún *discurso*» (Han, 2014, pp. 21-22, énfasis añadido). Así, todo intento de acercamiento para comprender será desdeñado.

En no pocas ocasiones se destruye al mundo pretendiendo edificar, sobre los restos, algo mejor; sin embargo, el mundo ya está bien construido; lo que se debe procurar es descubrir lo que tiene por mostrar. Las ideologías aniquilan el lente que posibilita la búsqueda de la verdad; la ideología finge construir bases sólidas cuando en realidad tiene como único fin la aniquilación de la certidumbre. Los variados idearios —en el fondo son lo mismo— imposibilitan la comunicación limitando el lenguaje a sus pareceres, por esta razón devastan la certeza, ya que dialogar es solo necesario porque hay una búsqueda de la verdad por medio del intercambio de cada palabra con sentido, quizá no en lo que se dice, pero sí en dicha búsqueda.

Los que aspiran a procurarse una individualidad por medio del diálogo con el mundo son señalados, poseen esa marca que los distingue, pero que debe ser borrada por el bien de una fingida comunidad:

Al lado de la mesa que ocupé había otra vacía. A poco, dos hombres se sentaron en ella. Uno tenía los ojos sombríos; me miró con intensidad y luego dijo al otro:

—Ese fue el que huyó después que estaba... [...] Después que ya estaba inscrito... (Bosch, 1968, p. 128).

Se debe tomar en consideración a ese que huye, no como se suele entender a quien escapa, a quien se esconde, porque esto no siempre significa cobardía absoluta, pues este es el primer movimiento en son de reacción, porque estas cabezas enjauladas estarán sujetas a siempre mirar hacia un oscuro suelo que no ofrece nunca diferencia, que es reflejo de lo ya sabido.

Llegamos a la cumbre de la cuestión, donde se debe formar las bases, las cuales constituyen el ser natural propio, ese que con pertenecerse a sí mismo es una inmensidad que abarca amplios terrenos, donde puede sembrarse entonces el valor significativo de la humanidad, ese grupo de individuos racionales y razonables que generan un movimiento distintivo. Dice Ortega: «El punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio» (Ortega y Gasset, 1970, p. 20). Así pues, ¿qué más artificio que las horribles doctrinas que exigen sacrificios vacuos de sentido?

El que no se arranque la cabeza quedará señalado, será perseguido y se procurará condenarlo al ostracismo. Será, entonces, el *Apátrida*. Múltiples voces lo llamarán, para que acuda presto a cumplir el mandato. Se le prohibirá el cuarto desde el cual es posible contemplar más allá de las ventanas, más allá de las puertas, dado que estarán abiertas, purificando así el interior que será común a quien se arriesgue, valiente y esforzado, a ponerse la cabeza de nuevo.

Inevitable es el temor a ese aislamiento al que son condenados los que, arrodillados, se creen de pie; y con este temor serán amenazados. Muchos caerán en el engaño, pero los que no, los que logren sobrevivir a la marca, comprenderán que ese espacio del que se habló con tanto horror es el más adecuado escenario para reproducir la verdad que allí espera. Y son estos que salen a escena, aunque juzgados, los que posibilitarán la ruptura de las cadenas.

No hay ideología, sobre todo actualmente, que no persiga y castigue; sin embargo, para aquellos que se desprenden esto es necesario, pues es así como ejercitan su criterio, su fuerza de empuje, para cuando llegado el momento pueda imponerse la comunidad humana.

## Referencias

- Bosch, J. (1968). *Cuentos escritos en el exilio*. Julio D. Postigo e hijo, Impresores Santo Domingo, R. D.
- Han, B. (2014). *En el enjambre*. Herder Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *El espectador*. Salvat Editores, S. A.
- Ortega y Gasset, J. (2016). *La rebelión de las masas*. Editorial Universitaria.